

Un domingo diferente



Ayer, cuando salíamos de la escuela, Anita nos propuso un súper programa que nos ha tenido haciendo planes todo el día. El domingo vamos a hacer una excursión. Vamos a ir al campo en bicicleta.

—Como ustedes usan poco las bicis, les sugiero que las llevemos a revisar al taller de mi papá, es mejor evitar accidentes—dijo Anita que siempre está pensando en todos los detalles.



Inmediatamente recogimos nuestras bicis y fuimos al taller de don Antonio quien amablemente nos atendió y le dijo a su ayudante:

—Timón, mira bien que las llantas estén infladas, que el marco esté en buen estado, que los frenos, pedales y manubrio estén en perfectas condiciones. Ah, también ajústales el sillín a su altura que estos muchachos están creciendo. Timón cuidadosamente examinó cada una de las partes a la vez que nos aconsejaba:

—No olviden chicos que la seguridad es muy importante, recuerden llevar sus cascos y botellas con agua para mantenerse hidratados. Todos sabemos que nuestro cuerpo está fundamentalmente formado por agua, por lo que es muy importante y necesario mantenernos hidratados especialmente al hacer ejercicio físico. Cuando se suda y hace calor se pierde esa agua acumulada en nuestro cuerpo, y puede provocar dolores de cabeza, mareos y fatiga.

Con las bicicletas organizadas solo nos quedaba pensar lo que llevaríamos para comer:

—Yo hago emparedados para todos —dijo Miguel.

—Y yo le digo a mamá que nos haga galletas. —dijo alegremente Rosita. Todos nos quedamos pensando en lo deliciosas que son.

Recordé que a mamá le habían dado en el hospital unas jugosas manzanas verdes y me ofrecí para llevarlas a la excursión mientras Anita gritaba feliz: —¡Yo llevo unos ricos turrónes de maní que me regalaron!

Quedamos en encontrarnos en el parque junto a la fuente a las 8:00 am.

Llegada la noche, dejé todo preparado y me acosté. Casi no pude dormir de la emoción pensando en nuestro paseo.

Muy puntuales fuimos llegando. ¡Qué contentos estábamos!

¿Listos? —Preguntó Anita- y todos gritamos en coro: —¡Síííí!

Al principio íbamos despacio mientras recorríamos las calles del barrio. Fuimos hacia el norte por la calle San José, giramos hacia el oeste por la Vía Primavera. Al cruzar frente a la casa de la familia López, uno de ellos nos gritó, agitando la mano como diciendo adiós. -Vayan con cuidado muchachos- Y volvimos a gritar en coro: —¡Síííí!— lo que nos dio mucha risa. Pasamos la estación de bomberos, atravesamos la calle Principal y empezamos a sentir el olor al aire puro. ¡Qué suerte tenemos de vivir cerca del campo! Mientras pedaleábamos, Miguel y Rosita iban cantando alegremente, pero Anita y yo queríamos más emoción y les gritamos: —¡Más rápido, más rápido! ¡Qué divertido es sentir el viento en la cara!

Bajábamos la colina cada vez con más rapidez. Adelanté a Miguel que asustado me gritó: —Juan no corras tanto que puedes sufrir un accidente. Frené un poco.

La dicha de la velocidad se nos acabó cuando llegó la **pendiente**. Anita siguió adelante con su bici rosa y los demás la seguimos en fila india. Los cuatro pedaleábamos con fuerza, mientras contemplábamos el paisaje. Pudimos sentir los sonidos del campo tan diferentes a los de la ciudad: el rumor del agua del arroyo, el viento silbando en nuestros oídos, el canto de las aves, ¡Qué calma! ¡Podía oír hasta el latir de mi corazón!



Seguimos en dirección a un árbol enorme que nos pareció especial porque daba una gran sombra. A su lado había un puente corto de cemento rodeado de matorrales y gracias a él nos permitió cruzar sobre el riachuelo. Agitados, llegamos al lugar que habíamos elegido. Anita, siempre pensando en todo, tendió un mantel de cuadros rojos. Dejamos las bicis, nos sentamos debajo del árbol, tomamos agua de nuestras cantimploras y después de un momento de descanso fuimos hacia el arroyo para lavarnos la cara y las manos. Terminamos metidos en el río, lanzándonos agua alegremente. ¡Qué bueno ver que ese riachuelo todavía estaba puro y limpio! En sus aguas claras podían verse pequeños pececitos de colores y unas ranas de tonos vistosos que nos divertían con sus largas patas saltarinas.



Más mojados que los peces, nos tiramos en el prado. Saqué las manzanas y las comimos mientras las ardillas miraban con envidia las jugosas frutas desde lo alto del inmenso árbol.

—Miren— gritó Miguel— ¡Alguien nos vigila desde los matorrales!

Asustados corrimos a ver quién era. Sentíamos su presencia, pero después de mucho buscar, no supimos quién nos estaba espiando.



Trepamos, rodamos, corrimos, hasta que llegó la hora del almuerzo. Bajo el árbol disfrutamos los sabrosos emparedados que preparó Miguel, las ricas galletas de la mamá de Rosita y los deliciosos turronec que llevó Anita. Jugamos a adivinar qué era lo que había visto Miguel. De pronto llegó hasta nosotros un simpático mapache que nos extendió su manita pidiendo comida. Nosotros le dimos un trozo de manzana y salió corriendo al arroyo. La mojó, la olió y se la comió. Nos pareció muy gracioso que lavara su comida. Rosita entonces nos contó que por eso en algunas partes les llaman osos limpios o lavadores. Habían pasado unos minutos cuando volvió el mismo mapache con otros tres pidiendo comida. Como nos causó tanta gracia ver la familia completa, les dimos otros trozos de manzana. Ellos se fueron veloces y en un instante ya eran diez mapaches más los que nos rodeaban. En ese momento supimos quién nos estaba observando.

Acosados por los mapaches, les dimos lo que teníamos para que se fueran y antes de que regresaran más. Recogimos nuestras cosas, montamos nuestras bicis y salimos huyendo de los astutos animalitos con sus antifaces y cola de rayas. Cuando por fin llegamos, el vecindario parecía dormir. La tarde del domingo estaba en su momento más aburrido, pero nosotros todavía estábamos entusiasmados. ¡Nuestro domingo había sido diferente!

Al llegar a casa le conté a mi mamá todo lo que habíamos hecho y nuestra experiencia con la familia de mapaches. Ella con voz serena, me dijo:

—Juan, nunca olvides que los mapaches son animales silvestres y que no dependen de los humanos para sobrevivir. Si los alimentamos, en lugar de hacerles un bien, les hacemos daño porque les cambiamos sus hábitos de vida. Ahora que lo sabes, espero que si te vuelve a pasar, sepas cómo actuar de manera responsable.

¡Esa es una lección que nunca olvidaré, como tampoco olvidaré ese domingo en el campo con mis mejores amigos!

